

En los años 80 desaparecieron los manicomios. Muy pocos querían verlo, pero hoy las enfermerías y módulos de las prisiones son los nuevos depósitos de enfermos mentales. Un 25 por ciento de los más de 82.000 presos tienen diagnosticado algún trastorno; casi 40.000 toman psicofármacos, y la tasa de psicóticos es el doble dentro de la cárcel que fuera de ella. Entre rejas, pocos mejoran. El Gobierno busca dar alternativas a los enfermos que ya no suponen un peligro social. En 2009, casi mil reclusos podrían salir para ser tratados en un lugar mejor. **Están atrapados, en su mente y tras los barrotes de la prisión. Ésta es su historia.**

A T R A P A D O S





La soledad del enfermo y preso

Alberto R. es uno de los muchos reclusos que sufren una enfermedad psíquica. En actualidad se encuentra en un centro penitenciario madrileño. Participa en un programa de salud mental. El aislamiento e introspección son dos rasgos de este grupo de internos.

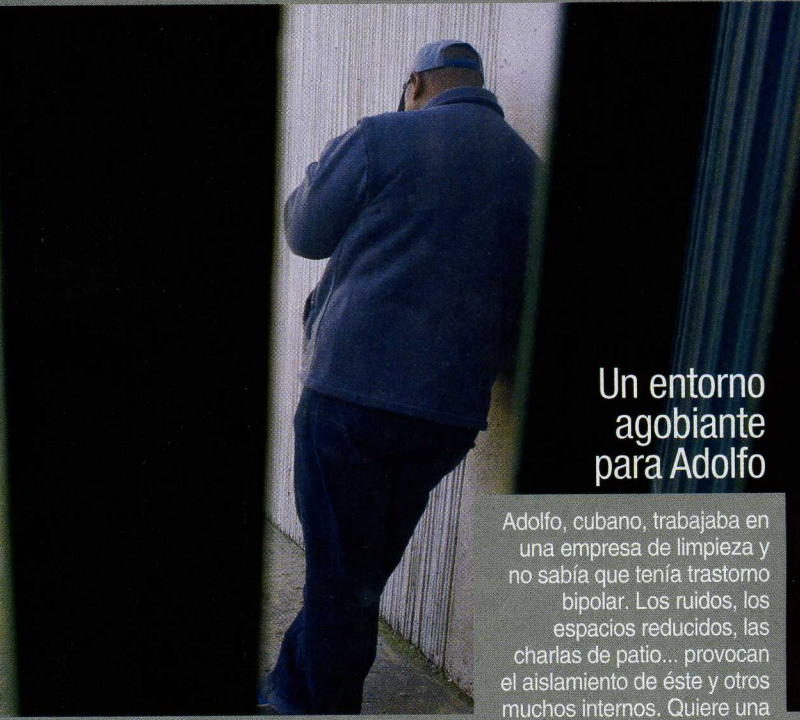
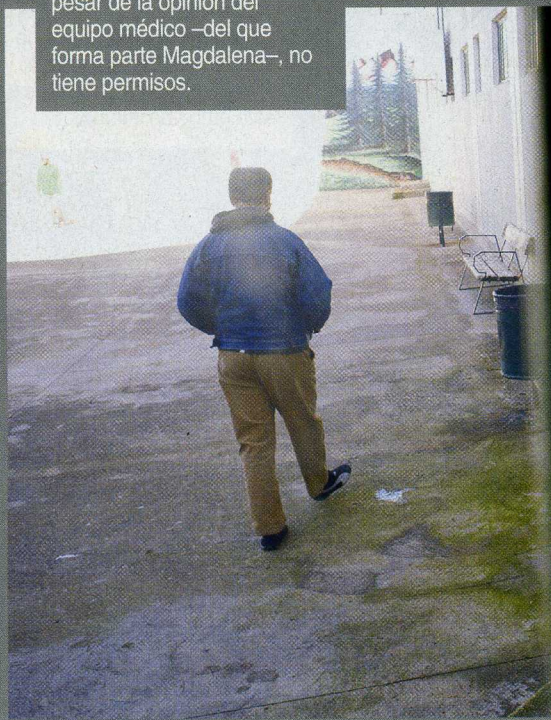
A D O S

UNO DE CADA CUATRO PRESOS PADECE ALGÚN TRASTORNO MENTAL. A PARTIR DE 2009, EL GOBIERNO BUSCARÁ ALTERNATIVAS PARA UN MILLAR QUE YA NO SUPONEN UN RIESGO SOCIAL



Florencio, a la espera

Lleva 22 meses en prisión. En el Centro Penitenciario de Madrid III está acogido a un programa pionero para enfermos mentales. Desde hace meses, su fidelidad al tratamiento farmacológico ha logrado que desaparezcan las voces y los brotes. A pesar de la opinión del equipo médico —del que forma parte Magdalena—, no tiene permisos.



Un entorno agobiante para Adolfo

Adolfo, cubano, trabajaba en una empresa de limpieza y no sabía que tenía trastorno bipolar. Los ruidos, los espacios reducidos, las charlas de patio... provocan el aislamiento de éste y otros muchos internos. Quiere una salida terapéutica para poder ver a su mujer y a su hijo.

Los pre
enferme
mentale
graves
y son m
interven
Apenas
implicar
activida
talleres

[Alberto GAYO] [Fotos: Paco LLATA]
agayo.interviu@grupozeta.es

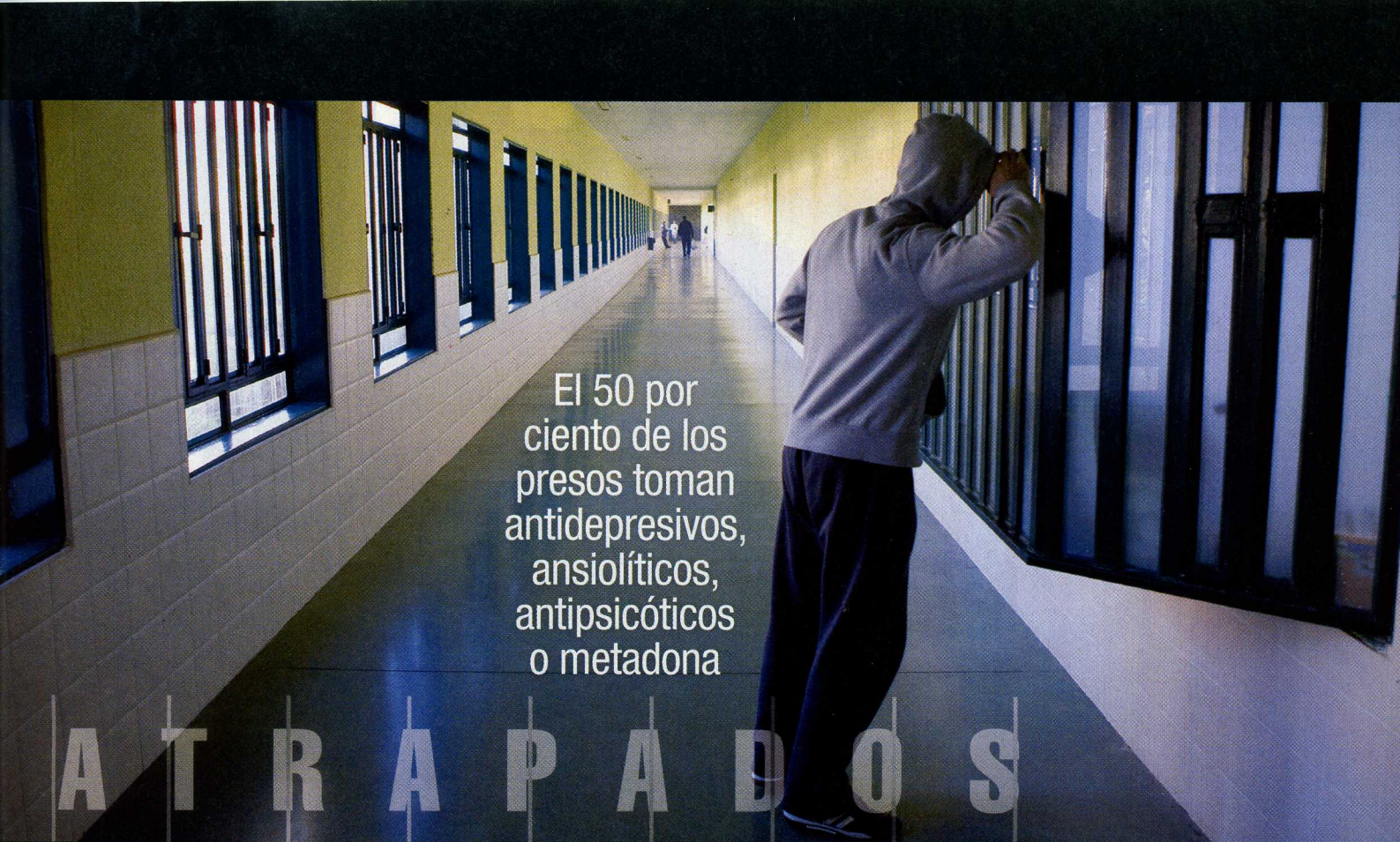
Florencio Navarro tiene 49 años, cuatro hijos y más problemas de los que podía manejar. Separado y viviendo de la chatarra, la esquizofrenia le jugó una mala pasada. Dormía donde podía, bebía, la medicación iba por rachas y las voces le atormentaban. Una noche todo saltó por los aires. En 2006, en pleno brote paranoide, “*me lié a puñetazos con unos que entraron en el edificio donde dormía*”. No da más detalles. Su condena: treinta meses.

Un programa pionero puesto en marcha

en 2007 en la penitenciaría de Valdemoro (Madrid) le enseñó que tiene un trastorno mental y que una medicación bien administrada le puede poner en la tierra, aunque sea entre cuatro paredes. Hoy ya no escucha voces: “*He perdido las pocas ilusiones que tenía y la calle me da miedo, pero no soy un delincuente. Sólo quiero estar con mis hijos. Todo el día hablando de condenas, de funcionarios...; esto no es para mí*”. A pesar de los informes favorables del equipo médico, el juez le ha denegado en al me-

nos cinco ocasiones un permiso de f
semana. Tendrá que esperar hasta jun
2009 para salir definitivamente.

La masiva presencia de presos con
logías psiquiátricas es una verdad mo
Desde que la reforma psiquiátrica d
años 80 cerró los manicomios por su
ficacia terapéutica, y dejó en manos
familia y la red asistencial la salud m
los patios y enfermerías de las pris
han visto llegar sin parar a persona
trastornos. Los había sin arraigo fan



El 50 por ciento de los presos toman antidepresivos, ansiolíticos, antipsicóticos o metadona

A T R A P A D O S



Confianza en Alexandro. Estrella, coordinadora del programa para enfermos mentales de la cárcel de Valdemoro, charla con Alexandro, un recluso italiano que ha encontrado en la enfermería un lugar donde sentirse útil. Es un preso de apoyo para los que tienen patologías psiquiátricas. Da consejos y compañía, y puede ayudar a evitar suicidios.

LOS ÁNGELES DE LA GUARDA

Una de las novedades que incorpora el plan de salud mental en las prisiones son los internos de apoyo, presos que colaboran ayudando a los enfermos mentales, evitando que abusen de ellos y facilitando sus relaciones sociales. La idea es que estos *ángeles de la guarda* tengan incluso su contrato de trabajo. Alexandro es uno de ellos, “aunque lo del contrato todavía no ha llegado”, dice Navegante italiano, fue condenado a nueve años por transportar cocaína en su velero. Nada más entrar se dio cuenta de que hacía algo útil dentro o no lo soportaría: “Prefiero mil veces estar con esta gente que tiene una enfermedad mental que hacer horas de patio, donde lo más interesante que se oye son insultos y chorradas criminales”. Alexandro pasa muchas horas con ellos en enfermería, en el patio, en el comedor... “Me estimulan, son más sensibles, son gente normal que por su enfermedad cometieron un error. Si los veo abatidos, les doy algún consejo”.

excluidos que no sabían ni que padecían una enfermedad, que no se habían medicado en su vida, que eran diagnosticados cuando cruzaban la verja. La mayoría no puede justificar su delito en su patología, pero hay una parte para los que la cárcel no es el mejor sitio. El panorama lo pinta con claridad el responsable de la sanidad penitenciaria, José Manuel Arroyo: “Cuando uno va por las prisiones, se da cuenta de que hay un porcentaje alto de trastornos mentales. No es algo nuevo, pero ahora está un poco exacerbado. Una cárcel no es un dispositivo asistencial sanitario. Las enfermerías de los centros son en realidad unidades psiquiátricas. Los que tienen una

enfermedad grave aquí no van a mejorar. Esto es nefasto ética, moral y económicamente. El primer objetivo es que éstos, cuando ya no presenten un peligro para la sociedad, sean trasladados a recursos sanitarios de la comunidad”. La idea no es la excarcelación masiva, sino el ingreso en centros más acordes con su salud mental.

En 2007 se sondearon 64 prisiones, y Mercedes Gallizo, responsable de la institución, reconoció que “en muchos casos, la enfermedad mental se halla en el origen del delito. La prisión se utiliza en ocasiones como un recurso de carácter asistencial para personas que no han sido tratadas y controladas en su vida en libertad”.

Las cifras de aquel sondeo demuestran que la masificación –casi 83.000 reclusos a finales de octubre, el doble que hace una década– no es el único reto. En las cárceles –“un entorno que crea ansiedad y pone a prueba emocionalmente”, admite Arroyo–, más de 20.000 personas tienen diagnóstico psiquiátrico, sin incluir el abuso y dependencia de las drogas. Si se contara a los toxicómanos, estaríamos hablando de que uno de cada dos presos sufre alguna alteración mental.

Muchos entraron en prisión con antecedentes psiquiátricos o después de haber tenido algún ingreso hospitalario. Pero también los hay que han desarrollado la patología entre el patio y la celda. Casi el ▶

